

**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

# Los Vigilantes de Diamela Eltit: la subjetividad deteriorada, una alegoría de postdictadura

Informe final de Seminario de grado para optar al grado de: Licenciado  
en Lengua y Literatura Hispánica con mención en Literatura

[Alumno]:

**Paula Verónica Santana Molina**

Profesor guía: Cristian Cisternas Ampuero

**Santiago Diciembre 2008**



Introducción . .	4
Marco Teórico. . .	7
1. Para el análisis extra literario: Contextualización histórica y social de “Los Vigilantes” de Diamela Eltit . .	7
2. Utilización de las categorías que constituyen la estructura psíquica, según Freud, para el análisis intraliterario. . .	7
3. Construcción del sujeto a través de la carta. . .	9
Análisis Extraliterario: Contextualización histórica y social de “Los Vigilantes” de Diamela Eltit . .	10
1. La Postdictadura y el Neoliberalismo. . .	10
2. La democracia amordazada y el dilema de la lengua. . .	11
3. El imperativo del duelo: la alegoría. . .	14
4. La concepción de sujeto. . .	15
5. La concepción de subjetividad. . .	17
Análisis intraliterario de la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit . .	20
Consideraciones Preliminares . .	20
1. Primera parte de la novela . .	21
Baam . .	21
2. Segundo parte de la novela . .	25
Amanece . .	25
3. Tercera parte de la novela . .	29
Brrrr . .	29
Conclusiones . .	33
Bibliografía . .	35

## Introducción

Los temas actuales de la literatura hispanoamericana integran de manera insoslayable el contexto histórico, los procesos sociales, económicos y políticos de sus naciones, pues estos se filtran, indiscutiblemente, en la literatura. Así, el presente informe de seminario de grado se propone analizar la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit, la cual se instala en el contexto de postdictadura en Chile y lo recrea en la novela.

Este acontecimiento histórico se caracteriza, por una parte, por la instauración de la democracia, y por otra, por la consagración de la instalación del neoliberalismo propiciado por la dictadura militar. Este cambio de escenario produce, en algunos, un cambio, y en otros, un deterioro y menoscabo en el modo de pensar y sentir. Pero por sobre todo produce un cambio de sujeto.

Así, la figura del sujeto político es reemplazada por el individuo burgués, atomizado que ya no vive con un sentido comunitario, ni se siente parte de una causa, de un proyecto social común que motive y una a los sujetos. El nuevo individuo vive para sí y para sus metas.

El discurso hegemónico del neoliberalismo instauro el imperativo del consumo en las subjetividades, el cual se vislumbra como el único sentido comunitario en la sociedad de mercado, y llena todo los sentidos trascendentales de los individuos.

En este sentido, el sujeto postdictatorial es postmoderno, en tanto, es un individuo fragmentario, que carece de un proyecto colectivo. Además, Idelber Avelar señala, en voz de Willy Thayer, que la dictadura es el tránsito de la modernidad a la postmodernidad, pues es el régimen militar el que habría propiciado el paso del Estado al Mercado.

Esta situación es avalada por el consenso que se impone en postdictadura, la cual asume la economía de libre mercado heredada por la dictadura, como trueque para la instauración de la democracia. No volver al aterrador pasado implica aceptar y radicalizar el sistema económico inaugurado por la dictadura.

Así mismo, Brett Levinson menciona cómo el terror del pasado se vuelve un recurso comercializable, en tanto la gente prefiere el libre mercado por su relativa no violencia, antes de volver al horror sufrido en dictadura.

El consenso o la también llamada democracia de los acuerdos, es la forzada armonía de la convivencia de fuerzas políticas en tensión en aras de un presente y futuro democrático. Así, se produce un pacto tácito que deja atrás cualquier referencia problemática a la dictadura, un pasado juzgado inconveniente para la nueva estabilidad precaria de la democracia.

Este fenómeno es la llamada “Democracia amordazada” que señala Tomás Moulian, la cual propicia el “Blanqueamiento de la memoria”, mencionada por el mismo autor, que implica el borramiento del pasado problemático de la memoria colectiva.

De esta manera, se instauran distintas políticas que violentan silenciosamente a los sujetos al no permitir vivenciar la experiencia traumática del pasado, ni el duelo ante una sociedad golpeada por la dictadura. Si bien antes existía una intimidación horrorosa de parte del contexto, ésta encarnaba un enemigo conocido y reconocible. En postdictadura esto no ocurre, existe una violencia encubierta.

---

El mercado propicia esta evasión y esta violencia, como bien dice Idelber Avelar, pues es siempre una proyección hacia el futuro y deshecha el pasado. Sin embargo, plantea que siempre quedan residuos que puedan rescatarlo: es la llamada alegoría que pretende inscribir la memoria para poder consumir el duelo.

En este sentido, “Los Vigilantes” de Diamela Eltit es una alegoría de la postdictadura en Chile, que pretende reconstruir la experiencia traumática de los sujetos que quedan huérfanos de un contexto que les permita reconstituir su identidad mediante el duelo, y la referencia al pasado.

Por otra parte, Eltit pertenece también a la “escena de avanzada” señalada por Nelly Richard, la cual, ante la pregunta de a qué lengua recurrir para que el pasado sea moralmente atendido, responde con una habla quebrada, que rehuye las categorías totalizantes, que puedan menoscabar aún más la referencia a un pasado traumático. Así, la novela, también, ocupa esta habla fragmentaria para representar el mundo narrado.

Es así como el ya mencionado acontecimiento histórico es ineludible para la siguiente tesina, la cual propone que éste deteriora, menoscaba el modo de pensar y sentir de quienes asumen el cambio de escenario, y se ven golpeados por el nuevo tipo de violencia.

De esta manera, se realizará tanto un análisis extraliterario, que contempla el contexto histórico social de la novela de que ya hemos hablado, como un análisis intraliterario que analiza la novela en sí misma, para demostrar que en el contexto postdictatorial existe un cambio en la manera de pensar y sentir de los individuos, así como una transformación de sus subjetividades propiciada por el entorno adverso, tal como se expresa en “Los Vigilantes”.

Así, para el análisis intraliterario, se analizarán las diferentes manifestaciones de una subjetividad afectada en los discursos de los personajes de “Los Vigilantes” de acuerdo con las categorías que Freud establece para la comprensión de la estructura psíquica. Este proceder se fundamenta en la similitud que existe entre los personajes centrales de la novela y dichas categorías, de lo cual ya hablaremos.

La novela “Los Vigilantes de Diamela Eltit” narra la relación de una madre con su hijo, y el padre de éste. Está constituida en tres partes. La primera se titula *Baam*, está compuesta por el peculiar discurso del hijo, el cual sobresale por su exclusivo raciocinio o falta de lógica, quien narra desde su perspectiva la relación que existe entre los tres personajes.

La segunda parte *Amanece*, se caracteriza por estar escrita mediante el género epistolar. Está constituida por la tormentosa correspondencia que existe entre la madre y el padre. Sin embargo, pese a que se subentiende que el padre participa de ésta, sólo accedemos a las cartas escritas por la protagonista, y por ende, es mediante su discurso cómo construimos ambas identidades. Es así como nos enteramos de la total tiranía, control y dominio que el padre mantiene con la mujer.

La tercera parte y final *Brrrr*, presenta nuevamente el discurso del hijo, sin embargo, en esta oportunidad el niño presenta un habla racional y lógica, y es la madre quien adquiere su antiguo y peculiar lenguaje. La novela termina con el deambular clandestino de ambos personajes quienes huyen de los dictámenes del padre y de la ley en la ciudad que los oprimía y que eran, finalmente, una misma cosa.

Por otro lado, y como ya habíamos dicho, la similitud de los discursos de los personajes con las categorías que componen la estructura psíquica, según Freud, responden a la identificación de sus definiciones con las características y el habla de los protagonistas.

Así, Freud establece que la psiquis humana está estructurada por tres categorías que lo componen: el *Ello*, el *Yo*, y el *Superyó*. El *Ello* lo caracteriza, en palabras simples, con el inconsciente. Su lenguaje es como el sueño, desordenado y carente de lógica, sede de lo reprimido, y por ende, gobernado por los placeres, al igual que el discurso y características que presenta el hijo.

El *Yo*, lo caracteriza como la razón y prudencia, está regido por el principio de realidad, al contrario del *Ello* que está regido por el principio del placer. Su rol es mediar y satisfacer tanto las necesidades del *Ello* como del *Superyó*. Rol que también cumple la madre al intentar satisfacer tanto al padre como al hijo.

Por último, el *Superyó* define como un juez, como la instancia moral y represora del *Yo*. Representa la familia y las instituciones sociales, al igual que el padre en la novela, el cual representa la ley opresiva que impera en la ciudad.

Finalmente, y de esta manera, se propone que la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit es una alegoría de postdictadura. Así, evidencia la afección de la subjetividad en los individuos dada por la violencia encubierta del contexto. El neoliberalismo es una agresión que dificulta la vivencia del duelo y el trauma social vivido en dictadura, pues es siempre una proyección hacia el futuro y anula o desecha el pasado. Sin embargo, siempre quedan residuos de éste, que puedan inscribir la memoria. Así lo hace la siguiente novela, la cual resiste desde los márgenes, parapetada desde “una sobrevivencia escrita, desesperada y estética”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Eltit, Diamela. *Los Vigilantes*. Santiago, Chile, Sudamericana. p.115.

---

# Marco Teórico.

## 1. Para el análisis extra literario: Contextualización histórica y social de “Los Vigilantes” de Diamela Eltit

Utilizaré los conceptos “Democracia amordazada” y “Blanqueamiento de la memoria” de Tomás Moulian, para señalar que en el contexto de postdictadura se evita problematizar el recuerdo de lo ocurrido en el régimen militar, debido al trauma social de haber sufrido una situación límite y por el consenso, que rehuye hablar de este período, ya que existe la convicción de que en Chile la convivencia entre pasado y futuro es incompatible, y se debe renunciar al pasado para poder acceder al futuro.

En este sentido, el consenso avalará la instauración y radicalización del mercado neoliberal como un trueque para poder establecer y fortalecer la precaria estabilidad de la democracia, de acuerdo al ya mencionado autor. A la vez, se destacará el mercado como recurso comercializable, en tanto, su relativa no violencia es preferible a volver al horror del pasado, como bien señala Brett Levinson. Así mismo, usaré el concepto del “dilema de la lengua”, mencionado por Nelly Richard, que refiere a la pregunta respecto a qué lengua recurrir para que la interpelación del pasado sea moralmente atendido. Me interesa destacar que una de las respuestas es la escena de avanzada que exploraba las zonas de conflicto mediante un habla quebrada, es decir, que no utilizaba totalizaciones categoriales, ya que es a la cual pertenece Diamela Eltit. También utilizaré la alegoría como imperativo del duelo, establecida por Idelber Avelar, para destacar que “Los Vigilantes” de Diamela Eltit es una alegoría de postdictadura.

Por último, estableceré que el sujeto de la novela a analizar es postdicatorial, y por ende, postmoderno. Esto responde a que es un sujeto fragmentario, carece de un proyecto colectivo, y solo se preocupa de sí mismo y de su individualidad, estando subyugado a los dictámenes del mercado, es decir, responde a la premisa trascendental de consumir. Para fundamentar las características del sujeto postmoderno mencionaré a Adorno, Jameson y Steven Connor.

## 2. Utilización de las categorías que constituyen la estructura psíquica, según Freud, para el análisis intraliterario.

Sigmund Freud es el padre del psicoanálisis, teoría que revoluciona la visión que el ser humano tenía de sí mismo, al analizar la psiquis de este espécimen. El autor es el primero en estudiar la estructura y el funcionamiento de la mente humana. De esta manera, a partir de él adquirirá una complejidad jamás antes establecida. Por primera vez se le realiza un examen serio, detenido y concienzudo. El aporte que realiza al saber es tal, que conceptos como inconsciente, complejo de Edipo, propios de su teoría, son usados en nuestra jerga

diaria. Es así como en nuestro análisis ocuparemos sus conceptos para referirnos a la subjetividad en la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit.

El autor propone que la psiquis está compuesta por una estructura constituida por tres categorías: el *Ello*, el *Yo*, y el *Superyó*, de esta manera, la personalidad sería el producto de las interrelaciones conflictuales entre estas tres instancias. Freud define al individuo como un *Ello* psíquico, no conocido e inconsciente, sobre el cual -como una superficie- se asienta el *Yo*; y sobre este, a su vez, el *Superyó*.

De esta forma, entenderemos que es desde el *Ello* que se conforman las dos categorías restantes. Éste se define como la forma originaria e infantil del aparato psíquico, la sede de pulsiones innatas y deseos reprimidos. El *Ello* está antes del lenguaje, es el niño perverso polimorfo que quiere satisfacer siempre sus placeres. El *Ello* es todo lo que está fuera del ámbito social. En él confluye lo reprimido, es, dicho de manera más simple, el inconsciente.

El *Yo*, por oposición al *Ello* que contiene las pasiones, es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, es “la parte del *Ello* alterada por la influencia del mundo exterior”<sup>2</sup>. El *Yo* “se afana por reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el *Ello*, por el principio de realidad”<sup>3</sup>. Para Freud el psicoanálisis es un instrumento destinado a posibilitar al *Yo* la conquista progresiva del *Ello*. Lo correcto o lo que debiese ser, entonces, es el predominio del *Yo* en la estructura psíquica.

Por último la instancia del *Superyó* será entendida como “un grado en el interior del yo, una diferenciación dentro de él”<sup>4</sup>. El *Superyó* es una especie de instancia moral interiorizada cuya función es asimilable al de un juez o censor del *Yo*. La consciencia moral, la auto-observación y la formación de los ideales pertenecen a sus funciones. Representa de alguna manera, la ideología familiar, con sus imposiciones, sus censuras y prohibiciones; en su origen proviene de una identificación del niño con su padre y ulteriormente puede alimentarse con otras identificaciones<sup>5</sup>.

En resumen, en la medida que el sujeto entra en el lazo social (pensando que hasta ese minuto solo es un *Ello*) y se vincule con el Otro (significativo), opera la represión, y es por la represión que se va constituyendo el *Yo*. En este sentido, la represión tiene que ver con los mandatos parentales que provienen de exigencias *Superyoicas* que hacen que el individuo entre en circulación social.

De esta manera, el concepto de subjetividad en la novela se analizará desde la perspectiva teórica del psicoanálisis, específicamente, desde Freud y también desde el contexto social, como explicaremos más adelante en el marco teórico para el análisis extraliterario. Así, se pretende hacer uso de estas categorías para poder dar cuenta de que la subjetividad en postdictadura esta deteriorada.

Este menoscabo se representa en la novela mediante el habla fragmentada, quebrada de los personajes, en su estado mental alterado, en la manifestación de rabia, resentimiento y abandono que siente el hijo por parte de la madre, y a su vez, la madre por parte del padre. Por último, se expresa en la sensación agobiante de ser vigilados constantemente lo cual les impide realizarse libremente como individuos.

<sup>2</sup> Freud, Sigmund. *Obras Completas*, Sigmund Freud. yo 2a. ed. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001-2003.p 27

<sup>3</sup> Freud, Sigmund. Cfr. cit. p 27

<sup>4</sup> *Ibid.* P 30

<sup>5</sup> Le Galliot, Jean. *Psicoanálisis y lenguajes literarios*. Buenos Aires, Hachette, 1977



### 3. Construcción del sujeto a través de la carta.

De acuerdo a Leonidas Morales, la teoría de los géneros referenciales surge en el siglo XX, asociada al principio de la “autonomía” del arte y a la crítica de las vanguardias históricas, entre otras. Estas críticas permitieron una nueva concepción de la obra de arte (“fragmentaria”, “abierta”), y con esto, una nueva visión de los géneros referenciales. Esto es muy importante pues antes de este momento histórico en el arte, dichos géneros se hallaban remitidos a un lugar estético menor, en comparación al que ocupaban los géneros regidos por el principio de autonomía. Por ende, es este nuevo giro en la concepción del arte el que permite que los géneros referenciales tales como la carta, la autobiografía, el diario íntimo, entre otros, comiencen a adquirir el valor de discurso.

De acuerdo al autor, la carta es un género referencial que posee cuatro rasgos básicos. El primero es la coincidencia entre el autor y el sujeto de la enunciación. El segundo es que el discurso opera con un referente extratextual variado, ya sea, político, cultural, social, etc. El tercer rasgo es que este género trabaja con estrategias en relación al destinatario, esto es, dice algo sin decir otras cosas, en este sentido, el autor establece una direccionalidad, pues, por ejemplo, podría comprometer al que escribe. El cuarto y último rasgo, es que la carta, estructuralmente, es el género de la ausencia, pues se le escribe a alguien que no está presente; y sólo en el acto de la escritura dicha ausencia se hace presente.

Por otro lado, Diamela Eltit plantea que en una correspondencia es posible apreciar el tipo de relación, estructurado en una zona imaginaria, en el cual, tanto el que escribe (emisor) como el que lee (receptor) se construyen como personajes. De esta manera, es posible ver cómo el sujeto se modifica en su aproximación al otro, y por eso, “cada correspondencia elabora un sujeto particular, sujeto determinado por el tipo de relación que establece”<sup>6</sup>. Así mismo, enfrentarse a distintos destinatarios implica enfrentarse a más de un personaje, afirma la autora.

Es así como a través de la carta es posible observar la construcción de los sujetos a través del tipo de relación que existe entre el emisor y receptor, por ejemplo, de subordinación o dominación. La correspondencia nos permite ver los rasgos y características de los sujetos, tanto del que escribe la carta como del destinatario, al elaborarse como personajes. Esto es sumamente importante porque así podemos vislumbrar, inferir, a través de este discurso, cómo el sujeto se presenta a sí mismo ante la relación con el otro.

“Los Vigilantes” de Diamela Eltit utiliza el género epistolar en el segundo capítulo de la novela: “*Amanece*” el cual relata la correspondencia entre un padre y una madre. Lo interesante es que sólo conocemos las cartas que la madre le escribe, debiendo inferir las de la contraparte.

En este sentido, lo que nos interesa resaltar es cómo, a través de este discurso, se forja la identidad de la madre en la relación que sostiene con el padre, es decir, cómo se construye como sujeto a través del tipo de relación que existe entre el emisor y receptor. Así, daremos cuenta de la subordinación de la madre respecto al padre, del completo dominio que ejerce sobre la mujer.

<sup>6</sup> Eltit, Diamela. *Emergencias. Escritos sobre Literatura, Arte y Política*. 1ª. ed., Chile, Editorial Planeta Chilena S.A. Junio 2002. p. 129.

# Análisis Extraliterario: Contextualización histórica y social de “Los Vigilantes” de Diamela Eltit

## 1. La Postdictadura y el Neoliberalismo.

El texto “Los Vigilantes” de Diamela Eltit, surge en el contexto de postdictadura en Chile. El referente histórico-político en la novela es imprescindible para establecer un análisis y comprenderla a cabalidad. Para esto es necesario hacer un trazado histórico que permita entender que significa la postdictadura en Chile.

El siglo XX se caracterizó, a nivel mundial, por la guerra fría. El enfrentamiento político, ideológico, económico, tecnológico, militar e informativo entre los bloques occidental-capitalista, liderado por Estados Unidos, y oriental-comunista, liderado por la Unión Soviética. La guerra, finalmente, fue ganada por Norteamérica y el capitalismo. Así, la segunda mitad de siglo en Latinoamérica se tradujo en dictaduras militares que desterraban la “amenaza del comunismo” e imponían el liberalismo. En Chile, el golpe de Estado, terminó con el gobierno de Salvador Allende y la unidad popular, instaurando diecisiete años de dictadura militar, desde 1973 hasta 1990. De esta manera, los 90 serán en Chile época de post-dictadura y transición a la democracia.

Este acontecer histórico provoca profundos cambios en el imaginario nacional. El golpe militar y el gobierno que lo caracterizó vinieron a reprimir las luchas sociales que movilizaban a las clases populares. Chile fue uno de los primeros países de América Latina en que se implantaron las ideas neoliberales, que promovían la privatización de la mayoría de las empresas que prestaban servicios estatales. Se instaló fuertemente la antigua idea liberal del mercado autorregulado, que supone la despreocupación del Estado en las materias mercantiles y de la responsabilidad social que tiene para con los ciudadanos de clase media y pobre.

La liberalización del mercado nacional va acompañada con nuevas formas de constitución de los sujetos. Si durante los años previos a la dictadura, la gente se constituía como clase según la posición social (de poder) que ocupaba en las relaciones de producción la represión violenta de las luchas sociales vino a reemplazar esta perspectiva, por una en que la clase se define por su capacidad de consumo. Como bien dice Tomás Moulian en “Chile actual: anatomía de un mito” en postdictadura, el ciudadano es ciudadano por la vía del consumo y por su deuda; en la medida que ese asalariado comete la falta de dejar de pagar su ciudadanía se desvanece.

De acuerdo al autor antes mencionado, la figura del sujeto político es reemplazada por el individuo burgués, atomizado que ya no vive con un sentido comunitario, ni se siente parte de una causa (la población, el partido, etc.). El nuevo individuo vive para sí y para sus metas. La dureza de su “labor”, de ser un sujeto asalariado, se ve compensada por el consumo (cambiar el living de la casa, etc.). El consumo, suplanta el vacío y reemplaza los sentidos trascendentales, es una evasión que, a la vez, consagra el neoliberalismo del

Chile actual. En palabras de Diamela Eltit: “La política neoliberal se mantiene vigente y en ascenso, el imperativo al consumo atrapa, especialmente, a las capas medias provocando el individualismo y la ausencia de un proyecto colectivo”.<sup>7</sup>

Por otro lado, la autora afirma que la instalación del neocapitalismo produce una homogeneización a través de la ideología transmitida por la cultura de masas, encargada de diluir las diferencias al organizar desde el consumismo un lugar común<sup>8</sup>. En este sentido, la publicidad establece modas, estilos, pautas de comportamiento, como por ejemplo, el estereotipo de la fiesta que observamos en las propagandas televisivas de alcoholes en la que este elemento se presenta como fundamental, garantizador de celebración y alegría. Es así como la producción cultural actual establece su sentido de acuerdo al sentido o consumo<sup>9</sup> común, demarcando el territorio del único proyecto colectivo posible, el consumo dictaminado por el marketing.

De acuerdo a Eltit la doctrina del capital es, precisamente, controlar la ideología para multiplicar su poder, es decir, “comercializar al máximo las ideologías hasta convertirlas en marcas y en mercado”<sup>10</sup>. Los grandes debates discursivos del s. XX. posicionados como críticos y disidentes frente a los poderes centrales, o bien han sido captados y neutralizados por las instituciones, o bien permanecen marginalizados de lo público, siendo excluidos del discurso dominante, neoliberal.

De esta manera, la instalación del neoliberalismo propicia el surgimiento de un nuevo individuo, un sujeto subyugado al discurso hegemónico del mercado, atomizado y sin más sentido comunitario que el consumo regido por el marketing. Éste se instala de tal forma en las subjetividades que termina por llenar los sentidos trascendentales del individuo y homogeniza sus necesidades, dominándolo por completo. Más adelante nos detendremos en este punto.

## **2. La democracia amordazada y el dilema de la lengua.**

Luego del período traumático de la dictadura pinochetista, la sociedad chilena se enfrenta a una democracia amordazada. Mordaza impuesta por el “blanqueamiento de la memoria”<sup>11</sup>, que menciona Tomás Moulian. En este sentido, y según lo expuesto por este autor, Chile presenta una compulsión al olvido que responde sintomáticamente a una característica de las sociedades que han vivido situaciones límites<sup>12</sup>, es decir, bloquea su memoria. Esto trae

<sup>7</sup> Eltit, Diamela. Cfr. cit. p. 71.

<sup>8</sup> Ibid. p. 45.

<sup>9</sup> juego de palabras que hace Eltit.

<sup>10</sup> Ibid. p. 37

<sup>11</sup> Moulian, Tomás. Chile actual anatomía de un mito. 3a. ed., Santiago, Chile, LOM, 2002. p.41

<sup>12</sup> El filósofo y psiquiatra Karl Jaspers expresa en su texto “Filosofía de la existencia” que el ser humano vive, en su existencia cotidiana y empírica, en distintas situaciones permanentemente. Sin embargo, destaca de las situaciones cotidianas las situaciones límites, señalando que éstas se diferencian de las anteriores al colocar a la persona ante un profundo dilema existencial debiendo decidir qué hacer frente a tal realidad que se presenta de manera excepcional. Estas situaciones son las que llevan a un individuo a que deba adoptar una opción de vida fundamental. Para el autor ellas son: la muerte, la culpa, el sufrimiento, la enfermedad y el azar.

como consecuencia la dificultad del habla, la pérdida de discurso, la carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido<sup>13</sup>.

El Chile actual es, para Moulian, una producción del Chile dictatorial, una foto tomada años después, lo que no podría ser de otra forma si los materiales con que se construyó la sociedad del “Chile de transición” pertenecen al “Chile dictatorial”. La transición a la democracia, como se llamó a la postdictadura, operó como un sistema de trueques: la garantía de estabilidad estuvo dada con el pacto de silencio. El blanqueo es la firme convicción de que para Chile la convivencia entre pasado y futuro es incompatible, se debe renunciar al pasado para poder acceder al futuro.

“El consenso es la etapa superior del olvido”<sup>14</sup>, el consenso es una simulada armonía, una conminación al silencio. Ante el trauma social, el consenso se impone como un hecho ineludible para no volver al horror del pasado, la sensación de una estabilidad precaria lo impone como necesario, es el sacrificio para la reinauguración democrática. De esta manera, se disculpan los cambios políticos mínimos como un tributo temporal, sin embargo, esto no será así<sup>15</sup>. El capitalismo se afianza e impone en el Chile actual y es el blanqueamiento de la memoria uno de los aspectos fundamentales en facilitar este proceso. No volver al aterrador pasado, implica aceptar y radicalizar el modelo económico inaugurado por la dictadura.

Así, Brett Levinson en su ensayo “Pos-transición y poética: el futuro de Chile actual” retoma el concepto de “blanqueamiento de la memoria” planteado por Tomás Moulian, para señalar que el gobierno neoliberal no quiere simplemente que el pueblo chileno olvide el terror de la dictadura. “La gente debe recordar el terror ya que este recuerdo convierte al terror en un recurso comercializable, una manera de vender el vender mismo”<sup>16</sup>. El neoliberalismo gira alrededor de un sentido común: que el mercado es necesario. En el período pos-dictatorial la publicidad del triunfo sobre la censura sirve a los propósitos del estado y del mercado, debido a que produce bipolaridades: la censura/no censura, terror/paz, las cuales crean la posibilidad de elegir, la libertad que se asocia con la elección, y por último, el consenso mismo. Si la gente recuerda el pasado, recordará también la diferencia entre el terror/censura, y la relativa no violencia del mercado. De esta manera, la aceptación del mercado liberal es un pacto para no volver a un pasado horroroso.

En definitiva la democracia de los acuerdos, el consenso, la transición, son nombres que designan la transición de Chile dictatorial al democrático, y que se caracterizan por el difícil proceso de asimilar el pasado traumático, a través de distintas políticas, para poder rearmar el país y seguir adelante. Las políticas instauradas funcionaron como trueques, entre el antiguo régimen y el que comenzaba a perfilarse, que intentaban llegar a un consenso entre las partes para poder instalar la democracia. Sin embargo, el costo del consenso fue la impunidad para los opresores, el silencio traumático y la compulsión al olvido, mencionada anteriormente.

La mordaza mencionada por Moulian es, entonces, el voto de silencio, la dificultad para expresar lo vivido en el pasado y la falta de palabras en común para nombrarlo. Nelly Richard nos habla de este mismo fenómeno. Según esta autora, para la normalización de la

---

<sup>13</sup> Moulian, Tomás. Cfr. cit. p. 42

<sup>14</sup> Moulian, Tomás. Cfr. cit. p. 42

<sup>15</sup> *Ibíd.* p. 46

<sup>16</sup> Levinson, Brett. *Pos-transición y poética: el futuro de Chile actual* en *Pensar en/La Postdictadura*, Nelly Richard y Alberto Moreiras/editores. Editorial Cuarto Propio. Santiago, diciembre 2001. Pp. 45.

democracia chilena fue necesario neutralizar los antagonismos “a través de un pluralismo institucional que obligó a la diversidad a ser no contradicción”<sup>17</sup>. Esto significa que el pluralismo y el consenso, los temas llamados a interpretar una nueva multiplicidad social, debían expresar en su flujo de opinión lo diverso, pero esta diversidad debía ser regulada por pactos de entendimiento que no reeditarán los choques de las fuerzas ideológicas que habían dividido el pasado<sup>18</sup>. El consenso oficial de la transición: “eliminó de su repertorio de significados *convenidos* la memoria histórica del antes del consenso político-social, es decir, la memoria de un pasado juzgado *inconveniente*”<sup>19</sup>.

Para Nelly Richard, lo anterior se traduce en un recuerdo que reprime toda conflictividad. La memoria estará vaciada de toda carga emocional que coloque en tensión el “armonioso presente” alcanzado por la transición y el consenso. Así: “el consenso político es sólo capaz de “referirse a” la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información), pero no de *practicarla* ni tampoco de *expresar sus tormentos*”<sup>20</sup>. La existencia de comisiones y monumentos a los derechos humanos en la posdictadura sólo referirán la memoria, pero dejarán fuera la “materia herida del recuerdo”<sup>21</sup>. La palabra “memoria” circulará de la misma forma que otras palabras anodinas por las vías de comunicación de la política mediática de la televisión, borrando de su verbalización pública el conflictivo recuerdo de los sujetos torturados y sufrientes de la dictadura. De esta manera, la memoria: “sufre ahora el vacío de una falta de contexto que cancela diariamente su pasado de horror, separando y alejando cada vez más el recuerdo histórico de la red de emocionalidad que antes lo hacía vibrar colectivamente”<sup>22</sup>.

A raíz de lo anterior Richard señala que: “Sólo una escena de producción de lenguajes permite tanto quebrar el silencio traumático de una no-palabra cómplice del olvido como salvarse de la repetición maníaco-obsesiva del recuerdo”<sup>23</sup>. Así surge lo que la autora llama “el dilema de la lengua”, que es la pregunta respecto a qué lengua recurrir para que la interpelación del pasado sea moralmente atendido. Es este dilema, señala, lo que inquietó e inquieta a ciertos escritos de postdictadura que confiesan su malestar ante tradiciones de conocimiento que ocultan la profundidad de la fractura.

Una de las dos respuestas ante este dilema es la textualidad poética que, señala, “estalló –*desajustada*- en la escena chilena del arte y la literatura de los ’80 desde prácticas de emergencia que juntaron fragmentos trizados de lenguajes al abandono, para narrar – alegóricamente- las ruinas del sentido”<sup>24</sup>, las llama “poéticas de la crisis” y las caracteriza por “reestilizar cortes y fisuras, discontinuidades y estallidos”<sup>25</sup>; el arte y la literatura de la “nueva escena” exploraba las zonas de conflicto mediante “un habla suficientemente

---

<sup>17</sup> Richard, Nelly. *Residuos y metáforas*. 2a. ed, Santiago, Chile, Cuarto propio, 2001. p 28

<sup>18</sup> Richard, Nelly. Cfr. cit p. 28

<sup>19</sup> *Ibíd.* p. 29

<sup>20</sup> *Ibíd.* p30.

<sup>21</sup> *Ibíd.* p. 31.

<sup>22</sup> *Ibíd.* p. 32.

<sup>23</sup> *Ibíd.* p46.

<sup>24</sup> *Ibíd.* p48

<sup>25</sup> *Ibíd.* p49

quebrada para no volver a mortificar lo herido con nuevas totalizaciones categoriales<sup>26</sup>. Diamela Eltit pertenece, precisamente, a esta poética, la poética de la fisura y de las discontinuidades<sup>27</sup>.

Es así como la autora participa en un movimiento de resistencia, en la época de dictadura, el que surge en 1979 y se bautiza como Colectivo Acciones de Arte (CADA). De acuerdo a Eltit, el CADA busco convertir a la ciudad en una metáfora: “Materializó, mediante gestos sucesivos, el hambre de ciudad, es decir, el imperativo de instalar una nueva circulación cuyos flujos removieran el militarismo<sup>28</sup>, pues era necesario e imperioso remover el militarismo que reprimía y violentaba a los ciudadanos en dictadura. La simbología de la leche también sirvió al movimiento como signo de demanda: “un signo que operaba transformando la petición de leche en requerimiento de historia, quiero decir, en suma, la imperiosa necesidad del establecimiento de nuevos circuitos para una mejor alimentación política: el reestablecimiento de la democracia en el país<sup>29</sup>”.

En definitiva, este era un movimiento artístico-político de izquierda (no militante) y de resistencia ante la opresión del régimen militar, el cual ocupaba a la ciudad como escenario para intervenciones artísticas contestatarias. El CADA es ejemplo de la “nueva escena”, que menciona Richard, este movimiento exploraba las zonas de conflicto, e intentaba expresar la situación conflictiva en dictadura.

La segunda respuesta ante el dilema de la lengua, mencionada por Richard, es la del discurso científico: de las ciencias sociales, que ordena el proceso de la crisis con una lengua reconstituyente del proceso y del sujeto que, sin embargo, no logra expresar ni ser compatible con la fractura.

### 3. El imperativo del duelo: la alegoría.

Idelber Avelar<sup>30</sup> plantea que si algo define a la época actual es la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo. Él se pregunta cómo hacer el trabajo del duelo en la actualidad, donde la mercantilización de la experiencia no permite la conexión con el pasado, ya que es siempre una proyección hacia el futuro y lo anula. Su respuesta es que el duelo puede ser llevado a cabo teniendo consciencia de que somos producto de ésta catástrofe. Para Avelar el mercado nunca podrá metaforizar el pasado por completo, pues siempre quedarán residuos que se puedan restituir. En la literatura estos residuos adquieren la forma de una alegoría.

Por otro lado, la explicación para la proliferación de textos alegóricos escritos en dictadura es el miedo a la censura y también la autocensura, principalmente. De la misma forma violenta en que se instalaron los procesos modernizadores económicos, se impuso

<sup>26</sup> *Ibíd.* p 50

<sup>27</sup> Lo anterior se aprecia en la misma estructura de la narración de la novela “Los Vigilantes”, las tres secciones que la componen no responden a un orden secuencial, sino a tres fragmentos narrativos a los cuales nosotros como lectores debemos dar una secuencia. A su vez, las tres partes que constituyen la novela presentan estas mismas características, es decir, sus subdivisiones también son una narración fragmentada.

<sup>28</sup> Eltit, Diamela. Cfr. cit. p. 158.

<sup>29</sup> *Ibíd.* p. 159.

<sup>30</sup> Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. 1a. ed. Santiago, Chile, Cuarto propio.200.

la persecución a los individuos opositores al régimen, y por consiguiente, la respectiva censura a todas las manifestaciones asociadas a estos. A partir de aquí, comienzan a crearse verdaderas máquinas alegóricas que intentan construir y reconstruir la voz de los vencidos, así como también una permanente búsqueda de superficie de inscripción para ésta.

De esta manera, lo alegórico se define por: “la manifestación de la cripta en la que se aloja el objeto perdido”<sup>31</sup>, siendo la memoria, en este caso, el objeto perdido. El autor plantea que “el duelo es la madre de la alegoría”<sup>32</sup>, basado en Walter Benjamín. La alegoría es la: “mónada que retiene en sí la sobrevida del mundo que evoca, la alegoría remite antiguos símbolos a totalidades ahora quebradas, datadas, los reinscribe en la transitoriedad del tiempo histórico. Los lee como cadáveres”<sup>33</sup>. La alegoría, entonces, es el residuo, el resultado de un duelo no vívido “Los Vigilantes” de Diamela Eltit, desde esta perspectiva, aparece como una alegoría de la postdictadura.

Para Avelar el imperativo del duelo atraviesa la literatura de postdictadura y se enlaza de manera indisoluble con la narración. Encarna la problemática y decadencia del arte de narrar. Para el autor realizar el trabajo del duelo implica tener la capacidad de narrar una historia respecto al pasado. Este es el desafío de la literatura postdictatorial y de la novela “Los Vigilantes”. La alegoría, un resultado de este proceso.

## 4. La concepción de sujeto.

Como mencionábamos en el primer apartado, la dictadura y su consiguiente instalación del neoliberalismo, provocan un profundo cambio de sujeto. Se pierde el sentido comunitario, surge un individuo atomizado, cuyo único proyecto en común con la sociedad es el deseo de consumo. La hegemonía del mercado inaugurada en dictadura se consagra en la vuelta a la democracia, presentándose como una alternativa menos violenta frente al pasado de horror. La subjetividad se ve afectada, de manera insoslayable, frente a esta nueva realidad.

Esta afeción está dada, en parte considerable, por la nueva relación que se establece entre la subjetividad y su contexto. Si bien en dictadura no existía un diálogo propiamente tal, pues la opresión por parte del régimen militar no escuchaba, ni consideraba al sector reprimido, al menos existía una disputa. La subjetividad era violentada por el contexto de dictadura, era una violencia directa, y en este sentido, era una disputa con enemigos conocidos. En cambio, la agresión que sufre la subjetividad en postdictadura, es encubierta. Esto es significativo porque establece una diferencia fundamental: una violencia directa por parte del contexto permite más reacción, en cambio, una violencia encubierta no, ésta atrofia y desampara. En definitiva, una violencia directa lleva al grito, pero encubierta lleva al silencio.

Los sujetos que estaban en contra de la dictadura quedan huérfanos de esta oposición cuando vuelve la democracia. Este tránsito desdibuja sus subjetividades, el contexto cambia, y de deben rearmar su identidad. Sin embargo, el nuevo escenario no acompaña al trauma sufrido en dictadura, además del silencio sintomático, de la compulsión al olvido

---

<sup>31</sup> Ibíd. p. 20

<sup>32</sup> Avelar, Idelber. Cfr. cit p.18

<sup>33</sup> Ibíd. p. 22

luego de vivir una situación límite, existe la impunidad para quienes cometieron y son responsables de los crímenes originados en el régimen militar, y también, está la omisión tácita al horror sucedido en aras de una armonía que permita la coexistencia de fuerzas políticas en tensión que requieren del olvido para hacer viable el presente democrático.

Es una violencia encubierta que no da tregua a una posible expresión pues el contexto anula diariamente la memoria histórica de un pasado estremecedor y deja de ser un sentimiento colectivo. El mercado, por su parte, ayuda a esta situación en tanto es siempre una proyección hacia el futuro, y desecha el pasado. Surge en el contexto: “una construcción cultural que busca ceñir y por supuesto constreñir al sujeto a un aparato normalizador, para así legitimar operaciones sociales que vienen a favorecer sus economías”<sup>34</sup>. Diamela Eltit señala que la antigua vigilancia ejercida sobre el cuerpo social por la dictadura, persiste bajo una nueva forma sobre los discursos que puedan aludir a ella, a un nuevo acoso (como lo es el consumo), ya no solo apoyada por las fuerzas aliadas al régimen, sino también por la Concertación que soslaya una reflexión exhaustiva sobre el pasado, para así evitar cualquier cuestionamiento intelectual a los problemas culturales actuales<sup>35</sup>. En este sentido el individuo postdictatorial se encuentra amordazado e incomprendido, su subjetividad se enfrenta a un nuevo tipo de agresión.

Por otro lado, el cambio de sujeto va acompañado de lo que algunos autores califican como el cambio de la modernidad a la postmodernidad. Es así como para Avelar la época dictatorial no es un proceso de modernización propiamente tal, sino que el periodo en el cual se comienzan a cimentar las bases de la Posmodernidad en América Latina, tal como lo plantea en voz de Thayer: “...la transición es primordialmente la dictadura. Es la dictadura la que habría operado el tránsito del Estado al Mercado. Tránsito que eufemísticamente se denomina “modernización.”<sup>36</sup>. Es decir, la dictadura es el tránsito de la modernidad hacia la postmodernidad.

La modernidad es un proyecto que sustenta sus bases en la experiencia del iluminismo y la razón, y por ende en el crecimiento científico, de acuerdo a Adorno. El autor, grafica el triunfo de la razón mediante lo que le llama “el derribamiento del mito”, tal y como él mismo lo plantea en el siguiente fragmento: “El programa del iluminismo consistía en liberar al mundo de la magia. Se proponía mediante la ciencia, disolver los mitos y confutar la imaginación”<sup>37</sup>. Sin embargo, también crítica lo que este proceso de racionalización provocó en la sociedad, en tanto dio paso a una nueva forma de mercantilización, la cual terminó por someter a los sujetos a su poder; como ya hemos mencionado, los individuos están sujetos a los dictámenes del mercado.

La evolución que tuvo el naciente capitalismo de la modernidad (es decir el de la sociedad industrial y por ende la división del trabajo), hacia un capitalismo posindustrial o multinacional, en términos de Jameson<sup>38</sup>, afectó nuevamente a la sociedad y al sujeto que era parte de ella. Una de las consecuencias es la intensificación de la individualización,

<sup>34</sup> Eltit, Diamela. Cfr. p 52.

<sup>35</sup> Eltit, Diamela. Cfr. p. 55.

<sup>36</sup> Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. Pág. 85.

<sup>37</sup> Adorno, TH. W. y Horkheimer, M. *Concepto de iluminismo. Odiseo o mito e iluminismo*. En: *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987. pp. 15

<sup>38</sup> Jameson, Frederic. *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Editorial Paidós, 1991.



que comienza en la modernidad, pero que se desarrolla en su máxima expresión en la postmodernidad.

Es en la modernidad en que el “individuo” se reconoce como tal, la importancia de este fenómeno es que provoca en los sujetos un aislamiento de la sociedad (en tanto ésta como proyecto colectivo), y por lo tanto, esta última se fragmenta. A su vez, la importancia de que el individuo viva en una sociedad fragmentada, es que él mismo sufra este suceso. Esta serie de hechos que se inauguran en la modernidad, se radicalizan en la postmodernidad. El sujeto posmoderno es consciente de su lugar en la sociedad, esto es, de ser solo un fragmento más, disperso dentro de un cúmulo mayor de fragmentos; tiene plena conciencia de su alienación.

Para graficar esta fragmentariedad podemos observar el apogeo que tienen las “culturas de minorías”, es decir la creación de identidades globales a partir de particularidades, en tanto sujetos fragmentados se reconocen por estos fragmentos y no por una totalidad que los englobe, así podemos ver el gran auge de diversas corrientes minoritarias, tales como el feminismo, el indigenismo, etc. tal y como lo menciona Steven Connor<sup>39</sup>.

En definitiva, el sujeto postdicatorial presenta una subjetividad afectada por la violencia encubierta que sufre por parte del contexto. Además, se caracteriza por ser un individuo fragmentado, que carece de un proyecto colectivo, y que se preocupa solo de sí mismo, de su individualidad, subyugado a los dictámenes del mercado bajo la premisa trascendental de consumir.

## **5. La concepción de subjetividad.**

Para hablar de subjetividad se citará a la argentina Silvia Bleichmar, psicoanalista argentina pos freudiana, la cual en su texto “Paradojas de la sexualidad masculina” refiere a la producción de la subjetividad. Por otro lado, también se citará a Carlos Pérez quien señala este concepto en su artículo “Crisis de la Familia y Subjetividad pública en Chile Hoy”<sup>40</sup>.

Me interesa señalar a Bleichmar ya que en su tratamiento de la subjetividad el contexto es fundamental. Para la autora, es la sociedad la que determina las formas en las cuales un sujeto se constituye como sujeto social y se inserta en su realidad. Señala que “La producción de subjetividad es del orden histórico, social y político; alude a los modos con los que cada sociedad determina las formas con las cuales un sujeto se constituye como sujeto social y se inserta en el mundo en que le toca vivir”.

En este sentido, el contexto es fundamental para la constitución de la subjetividad y la determina. Esto lo observamos en la novela “Los Vigilantes” pues los personajes están acosados por su contexto lo cual genera un sujeto social reprimido y angustioso. Así, los síntomas se expresan tanto en el habla de la madre como del hijo, en la manifestación de rabia, impotencia y asedio constante.

Por otro lado, me interesa señalar la definición que realiza Carlos Pérez en el artículo ya mencionado. De acuerdo a éste entendemos la subjetividad moderna ligada a la

---

<sup>39</sup> Connor, Steven. *Cultura posmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*. Madrid, Ediciones Akal, 1996.

<sup>40</sup> Bleichmar, Silvia. *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires, Editorial Paidós Buenos Aires, 2006. p. 83.

institucionalidad familiar. Así, establece que ésta última fue el eje central para constituir el aparato mental adecuado para este ordenamiento, al ser nuclear, monogámica y patriarcal.

En este sentido, la separación generada por la institución familiar entre lo público y lo privado nos determina a considerar la subjetividad como puramente interna e individual, siendo el sostén de toda la construcción social. De esta manera, se produce un sentido común adecuado, una ética del trabajo: “un lenguaje dominado por la ley paterna, una constitución, en suma, desde la “interioridad”, de los sujetos apropiados para esa “exterioridad”<sup>41</sup>.

Carlos Pérez destaca dos importantes e interesantes características de esta subjetividad. Por un lado, la gran capacidad de obediencia civil y conformismo político con una enorme capacidad de acatar y rehacer la paz, aún en los contextos de dominación más terribles. Pero al mismo tiempo, destaca el autor, existe una enorme capacidad de agresión y destrucción, ya sea sublimado en una creación artística o de manera simplemente brutal en contra del enemigo exterior.

De acuerdo a lo anterior, el autor señala que: “Es en la reproducción de esta “subjetividad” donde el papel de la familia clásica es crucial. La ley del padre, que la preside y la ordena, la situación edípica, que la perpetúa introyectando el orden al nivel del aparato mental, su machismo y autoritarismo explícito, su escala de jerarquías internas, que se expresan luego en las jerarquías de la vida ciudadana, constituyen su verdadera “fábrica” de sujeto que, generación tras generación, vivirán con distintos ropajes y formas el mismo cíclico drama de su angustia”<sup>42</sup>.

Lo anterior lo observamos en la estructura familiar que nos muestra la novela, en tanto es el padre quien instituye las leyes que rigen al interior de la familia. Además, encontramos esta similitud también en las definiciones que Freud hace de las categorías que estructuran la psiquis, según el autor el *Superyó* opera en representación de la ley, de los mandatos parentales, interiorizado en el sujeto para entrar en circulación social, como ya señalamos en el marco teórico.

Finalmente, interesa señalar que en la época actual de Chile -la época postdictatorial- la subjetividad ha cambiado tal y cual hemos señalado a lo largo de este trabajo. El teórico señala que el mercado ha debilitado la antigua subjetividad moderna simplificando el aparato mental de los individuos: “Sostengo que el efecto combinado de esta crisis interna y de estas invasiones desde el mercado y el sistema de la comunicación social es un sustancial debilitamiento de la situación edípica en que se forjaba la complejidad del aparato psíquico de los hombres modernos. El efecto consiguiente es la formación de un aparato mental drásticamente simplificado”<sup>43</sup>.

En este sentido, sostiene que se ha debilitado toda la esfera mental interna del individuo. Es decir, los sujetos ya no pueden estar solos porque no tienen un interior con el que conversar, sienten la necesidad compulsiva de identificación. Además tampoco viven la culpa de la misma forma: sienten que pueden abandonarse a sus impulsos, sin barreras internas, sin embargo luego se sienten sobrepasados por sus propios actos, en los que no se reconocen, pero que tampoco pueden controlar.

---

<sup>41</sup> Pérez, Carlos. “Crisis de la Familia y Subjetividad pública en Chile Hoy” en “Políticas, Sujetos y Resistencias debates y críticas en psicología social”. Santiago, Chile, Ed. Arcis. 2002, p. 191-192.

<sup>42</sup> Pérez, Carlos. Cfr. p. 193

<sup>43</sup> Ibíd. p. 196

De esta manera, podemos apreciar el cambio de subjetividad producido en la posdictadura, o en el Chile actual como señala Pérez. Esto reafirma lo que ya señalábamos respecto a que el sujeto cambia en democracia, y también, demuestra que el contexto es en gran parte responsable de este proceso. La subjetividad ya no es la misma que en la modernidad, el mercado y su invasión patrocinada por los medios de comunicación de masas, el cambio social de un Chile dictatorial a uno neoliberal y democrático, genera, necesariamente, una nueva mentalidad y cambio de sujeto.

Por otro lado, y al mismo tiempo Bleichmar, como se señaló, también sostiene que necesariamente la producción de subjetividad es del orden histórico, social y político pues alude a las formas con las que cada sociedad determina los modos con los cuales un sujeto se constituye como ente social y se inserta en su realidad. En conclusión con esto se logra entrever que el contexto es primordial para la producción de subjetividad.

# Análisis intraliterario de la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit

## Consideraciones Preliminares

La novela “Los vigilantes” de Diamela Eltit expone la relación de una madre con su hijo y el padre del niño, un padre ausente que la controla y la amenaza con quitarle la tuición, pues no comparte su manera de educarlo ni criarlo. La narración está estructurada en tres partes. La primera es llamada “Baam” expresa la voz del hijo al que asociamos con un niño por su particular forma de hablar. Su discurso llama la atención por su falta de lógica y exclusivo raciocinio. La segunda está constituida por la voz de la madre, la que conocemos sólo a través de cartas que le envía al padre de su hijo, en esta sección la voz del padre está presente por su silencio, jamás sabemos explícitamente qué cartas envía de vuelta a la madre sólo lo inferimos a través de las respuestas que elabora la mujer. La tercera parte y última, está constituida sólo por la voz del niño, la particularidad está en que el discurso del niño adquiere una lógica y es la madre, ahora, quien comienza a hablar como antes lo hacía su hijo.

Como ya se mencionó en el primer capítulo, el contexto de producción de la obra “Los Vigilantes” de Diamela Eltit, es fundamental para comprender el deterioro de la subjetividad en postdictadura. La vuelta a la democracia va acompañada de un cambio de sujeto, quien debe enfrentarse a un nuevo escenario. El neoliberalismo se ha afianzado, y el mercado es el que dirige las necesidades y ambiciones de los individuos. Nos encontramos con un individuo fragmentario, que carece de un proyecto social en común, y que, además, ha sufrido el trauma de la dictadura y no ha tenido un contexto que lo acoja. Al contrario, éste bloquea aun más su memoria y le impide su expresión.

Para poder demostrar la transformación y menoscabo de la subjetividad en el contexto de postdictadura en la novela utilizaré las categorías que Freud postula para analizar la psiquis humana, destacando que de ninguna forma se pretende hacer una clínica psicoanalítica de personajes sino que evidenciar el deterioro ya señalado. De esta manera, se propondrá que la voz del niño representa el *Ello*, la protagonista se asemeja a la categoría del *Yo* y el padre al del *Superyó*.

La similitud entre la categoría del *Ello* y la criatura está fundamentada, principalmente, en su lenguaje pues éste carece de lógica, es irracional y demuestra tener actitudes impulsivas, además es descrito por la madre como algo informe que la perturba, éstas características son, precisamente, las que nos hacen pensar en el inconsciente.

A su vez la madre se identifica con la categoría del *Yo* porque se asemeja al rol que éste cumple en la estructura psíquica, esto es, hacer de intermediario entre el *Ello* y el *Superyó*. Tal como observamos en la novela, Margarita hace de mediadora entre el padre y el hijo. Además, ella está obligada a obedecer los dictámenes del padre y a satisfacer las necesidades de su hijo. Esto significa que debe reemplazar o controlar el principio de placer que rige en el niño (*Ello*) por el principio de realidad que está dado por el padre (*Superyó*), al igual que la categoría del *Yo* en la estructura psíquica.

Asimismo el padre se asemeja al *Superyó* al actuar como una instancia moral, como un juez o censor de Margarita (*Yo*), cumpliendo la misma función que ésta categoría cumple en la estructura psíquica de Freud. Además esta similitud se reafirma al representar, el padre, el poder de la ley que la subordina, pues manifiesta las mismas exigencias del *Superyó*, en tanto, Margarita debe cumplir con los mandatos parentales para poder entrar en la circulación social.

De acuerdo a lo anterior lo que se pretende establecer es que la narración presente en la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit construye un sujeto que en su narración muestra todo su sufrimiento, todos los conflictos de su subjetividad y la dificultad de constituirse como tal en un contexto asfixiante. Esto lo vemos en la relación que Margarita (*Yo*) mantiene con su hijo (*Ello*) y en la relación que ésta establece con el padre del hijo (*Superyó*, la ley).

En el análisis literario que a continuación se hará de la novela “Los Vigilantes” de Diamela Eltit, se intentará demostrar lo dicho en el párrafo anterior y operativizar los conceptos y condiciones descritas en el primer capítulo. De esta forma, éste segundo y último capítulo, estará compuesto por tres secciones en las cuales se analizará, correspondientemente, los tres apartados que componen la novela.

## 1. Primera parte de la novela

### Baam

---

La primera parte de la novela “Los vigilantes” de Diamela Eltit, narra los pensamientos del hijo de la protagonista, el que se supone es un niño<sup>44</sup>, quien expresa las emociones y sensaciones de su vivir cotidiano bajo la custodia y convivencia con su madre en la casa que ambos habitan. La madre será el referente ineludible de su discurso, la relación que entre ambos sostienen, constituye su eje central, exhibiéndola como una relación tormentosa, que lo domina por completo. Así es como el título de esta primera parte refiere a la risa estruendosa y molesta que emite el niño, intencionadamente, para perturbar a la madre y lograr acaparar su atención. Sin embargo, es el discurso del hijo, su perturbadora narración, la que concentra toda la atención del lector.

De esta manera, es el lenguaje peculiar, precisamente, lo que nos interesa resaltar, pues es lo que determina que asociemos al niño al *Ello* o al inconsciente. Este lenguaje se caracteriza, principalmente, por su irracionalidad, es desordenado, enrevesado, y carece por completo de lógica secuencial- causal, se asemeja al lenguaje del sueño, y por esto, lo asociamos al *Ello*. Este último es el lugar en donde confluye lo reprimido, lo inconsciente, las pasiones y todo aquello que reprime nuestra moral, es todo lo que está fuera del ámbito social. Éste no le influye ni lo rige, al contrario, lo que gobierna al *Ello* es el principio del placer y la satisfacción de éste. Así, asociar la voz del hijo con el *Ello* implica asociarlo con el inconsciente y lo reprimido, como ya se señaló en el marco teórico.

Otro aspecto importante que reafirma esta asociación es la relación que existe entre madre e hijo, mediante la cual podemos entender, cómo cada uno se asemeja a la categoría del *Ello* y del *Yo*, respectivamente. Así, el *Ello* es reprimido por el *Yo*, quien filtra e interpreta

---

<sup>44</sup> En la novela jamás se afirma textualmente que el hijo es un niño, es referido como “la criatura” o como “tu hijo” por parte de la madre. Sin embargo, inferimos que es un niño porque en la novela se señala que va al colegio, y además, por los juegos, porque no habla y porque debe ser cuidado y atendido por su madre cual si fuera un niño dependiente de sus padres.

sus manifestaciones, tal como sucede con la madre y el hijo: “Mamá corre a taparme la boca con su mano. Con su mano. AAGGG, me asfixio. Me asfixio y vomito en la mano de mamá. Mamá me esquivo porque me lee los pensamientos y los escribe a su manera”<sup>45</sup>. El hijo (*Ello*) empuja, quiere expresarse, pero no puede hablar, está atrás, abajo (como en la estructura psíquica). El *Ello* solo puede intentar manifestarse, pero quien finalmente lo interpreta y expresa es el *Yo*: “Mi pensamiento está cerca de mamá y a distancia de mi lengua que de tanta saliva no habla. No habla”<sup>46</sup>. La madre (el *Yo*) pretende entenderlo, quiere hacerlo, y trata de interpretarlo, aunque siempre conservando su carácter irritado y violento que expresa una comunicación y una atmósfera tensa: “Mamá desea que se me caigan los pocos dientes que tengo para que no se me vaya a quedar una palabra metida entre los huesos. Quiere romper mis dientes en sus páginas”<sup>47</sup>.

La tensión que mencionábamos se debe, entre otras cosas, a que el niño no habla, lo cual le impide que se exprese con facilidad y trae como consecuencia que su lenguaje sea difícil, que busque otros medios de expresión como la comunicación corporal: “Mi cuerpo laxo habla, mi lengua no tiene musculatura. No habla”<sup>48</sup>. De esta forma el niño comunica sus emociones, sensaciones e impulsos, así como su rabia, el hambre, o el frío, o la frustración que experimenta en la relación con su madre y que manifiesta a lo largo de narración: “Agarrado de una de mis vasijas quiero decir la palabra hambre, la palabra hambre y no me sale. Ah, BAAAM, BAAAM, me río. Me meto los dedos en la boca para sacar la palabra que cavila entre los pocos dientes que tengo”. El niño (*Ello*) se ríe para llamar la atención y expresar su hambre y se mete los dedos en la boca al ver frustrado su intento por comunicar.

De esta manera, la narración nos permite visualizar una mente perturbada, que no puede comunicar ni expresar con facilidad sus necesidades o deseos, y que por esto se da a entender por su cuerpo y actitudes, intentando ser atendido por la madre (*Yo*). Nos encontramos con la dificultad del lenguaje y de expresar lo reprimido. El niño no puede expresar con facilidad sus necesidades, ni pensamientos, carece del lenguaje verbal que le permita comunicarse, expeditamente, con el exterior, en este caso, su progenitora (*Yo*). Así el hijo (*Ello*) intenta, equivocadamente y como puede, llamar la atención de la madre (del *Yo*), pues al reír, por ejemplo, logra captar la atención de su progenitora, pero también su furia. De esta manera la comunicación entre ambos es difícil y muchas veces, al errar las formas, se frustra.

Así, percibimos que existe una relación compleja y tensa entre la madre y su hijo, es decir, entre el *Ello* y el *Yo*. Esto lo podemos observar en el permanente diálogo mental que establece con la madre, demostrando que esta situación lo domina por completo. Así vemos como ella consagra la mayor parte del tiempo a escribir, desatendiendo las necesidades del hijo, quien exige, desesperado, una dedicación exclusiva: “Inclinada, mamá se empieza a fundir con la página. A fundir. Quiero morderla con los pocos dientes que tengo, pero ella no lo sabe. Quiero morderla para que me pegue en mi cabeza de TON TON TON To tonto y deje esa página”<sup>49</sup>, “Yo quiero ser la única letra de mamá. Estar siempre en el corazón de mamá TUM TUM TUM TUM y conseguir sus mismos latidos”<sup>50</sup>.

<sup>45</sup> Eltit, Diamela. *Los Vigilantes*. Santiago, Chile, Sudamericana. p.17.

<sup>46</sup> Eltit, Diamela. Cfr. p. 18.

<sup>47</sup> *Ibíd.* p. 18.

<sup>48</sup> *Ibíd.* p. 13.

<sup>49</sup> Eltit, Diamela. *Los Vigilantes*. Santiago, Chile, Sudamericana. p. 16.

<sup>50</sup> Eltit, Diamela. *Los Vigilantes*. Santiago, Chile, Sudamericana. p. 17

El hijo reclama la atención de su madre y lo manifiesta, equivocadamente, pues no tiene otra forma de expresión, perturbando a la madre y complejizando la relación. De esta manera, observamos que la relación es tormentosa entre ambos: “Mamá odia mi corazón y quiere AAAAY, destrozarlo. Pero mamá me ama alguna parte del tiempo y me mira para saciar en mí su hambre”<sup>51</sup>, podríamos decir que ambos sostienen una relación de amor y odio, que se explica por la atmósfera de tensión en la que ambos están insertos.

Sin embargo, el hijo es consciente de que la madre está exigida a escribir cartas y rendir cuentas de esta forma al padre, y que por ello concentra toda su atención en esta actividad. A pesar de su dificultad con el lenguaje, es capaz de percibir que su madre: “está traspasada por el miedo”<sup>52</sup>. El hijo entiende que la madre está perturbada, angustiada: “La amargura de mamá es displicente conmigo”<sup>53</sup>, “Su pesar me da hambre”<sup>54</sup> y sabe además que es el padre el causante de su histeria y desasosiego: “El que escribe no está a la vista. Mamá ha desarrollado un odio por su ausencia en el centro de su pensamiento”<sup>55</sup>, “Mamá lo que desea es que el que le escribe se congele”<sup>56</sup>. El hijo sabe que la madre está alterada, aterrada, que debe escribir, pero, a la vez, quiere su atención, que olvide sus páginas que la abruma, el niño está tensionado por el estado de histeria de la madre: “Si mamá tiene la cara apesadumbrada y desfavorida yo le tomo los dedos y se los tuerzo para que olvide las páginas que nos separan y nos inventan”<sup>57</sup>.

En este sentido, el *Ello* sabe que el *Yo* está subyugado a rendir cuentas a los mandatos parentales, a las exigencias *Superyoicas*, las cuales le permiten entrar en circulación social, como se menciona en el marco teórico; sin embargo éstas exigencias son exageradas, tiranas y atormentan al *Yo*. En otras palabras, poder entrar en la circulación social, implica obedecer, por parte de la madre (del *Yo*), las exigencias del padre, las cuales no la identifican, y al contrario, la martirizan. Esto explicaría la atmósfera tensa, pues el contexto está constituido por la ley del padre (lo que se señalará con mayor detención en el apartado siguiente).

De la relación compleja que existe entre madre e hijo podemos percatarnos también de la dificultad que presenta su progenitora para hacerse cargo de su criatura, a través del niño podemos observar la irritación que éste le produce a su madre, quien pareciera estorbarle e impacientarlo notablemente: “Hago un hoyito con el dedo en la tierra. Mamá me saca el dedo del hoyito y me tuerce la mano”<sup>58</sup>. Ella no es capaz de saciar sus necesidades básicas tales como salvaguardarlo del frío y alimentarlo bien, por ejemplo: “En algunas ocasiones caigo sobre su pierna por la fuerza del hambre. Cuando caigo, mamá se alarma y sale atolondrada a conseguir un poquito de comida”<sup>59</sup>. De esta manera observamos que la madre no es capaz de mantener en buenas condiciones a su hijo, no es capaz de hacerse cargo, y se ve sobrepasada por la situación. Con esto podemos observar que el *Yo* no puede

<sup>51</sup> Ibid. p. 17.

<sup>52</sup> Ibid. p. 15.

<sup>53</sup> Ibid. p. 19.

<sup>54</sup> Ibid. P. 18.

<sup>55</sup> Ibid. p. 20.

<sup>56</sup> Ibid. p. 19.

<sup>57</sup> Ibid. p. 18.

<sup>58</sup> Eltit, Diamela. Cfr. p. 15.

<sup>59</sup> Ibid. p. 20.

hacerse cargo del *Ello*, de lo reprimido, sin embargo, éste se hace presente, se manifiesta y le estorba.

De acuerdo a lo anterior, se propone que el hijo representa todo aquello que la madre (Yo) no puede manifestar, que no puede expresar, corresponde a lo indeterminado, a lo inefable, es un dilema no resuelto, que sin embargo, la molesta y no la deja en paz. En este sentido postulamos que alude al trauma generado por una experiencia límite (la dictadura) y la dificultad del habla, la pérdida del discurso para nombrarlo, como señalábamos en el análisis extraliterario.

Respecto al hambre y al frío que se han dejado entrever en las citas, es importante señalar que son factores que están presentes en toda la novela, ambos atraviesan tanto a la ciudad como a la mujer y a su hijo. El hambre y el frío, están presentes para señalar el ambiente inhóspito en el cual habitan ambos personajes. Además nos hablan de una necesidad imperiosa, básica, que no es saciada, es la presencia de una carencia que les afecta implacablemente.

Es así como la madre intenta olvidar esta insatisfacción con la escritura: "... mamá va a buscar un beneficio en sus páginas para olvidar el hambre de las calles. Ella deja ahí el poco ser que le queda"<sup>60</sup>. El hambre y el frío de la ciudad permiten inferir que el contexto en el que están inmersos los protagonistas es adverso, los asedia, y reclama una necesidad urgente de satisfacer, de alimentar y saciar ésta necesidad básica. Así, se propone que esta ansiedad agobiante alude al contexto de postdictadura, al predominio del neoliberalismo que establece, tiránicamente, el deseo por el consumo en la mente de los individuos.

Es necesario recordar también, pues ya se había señalado en el análisis extraliterario, que el símbolo del hambre y de la leche fueron utilizados para representar la oposición al gobierno militar por el grupo artístico CADA al que pertenecía Diamela Eltit. Esta actualización de ambos símbolos en este análisis se sustenta en que el contexto postdictatorial, el neoliberalismo, también violenta y subyuga a los individuos.

Así, el hambre de ciudad, representaba el imperativo de instalar una nueva circulación cuyos flujos removieran el gobierno opresor, que en la novela sería el la ley del padre y el neoliberalismo que constriñe a los sujetos. La leche, a su vez, representaba un signo de demanda, de requerimiento de historia, la imperiosa necesidad del establecimiento de nuevos circuitos para una mejor alimentación política.

Por último, es por esto que la leche es representada como un bien escaso y casi nulo en la novela: "En extrañas oportunidades ella me da escasas gotas de leche (...). Mamá conserva a través de los años un poquito de leche y la controla para que no se le acabe"<sup>61</sup>. La madre porta la leche como un signo de demanda, de disconformidad, lo único que podría saciar el hambre en la ciudad, si la entendemos como la urgente necesidad de nuevos circuitos para una mejor alimentación política: "A mamá ciertas gentes la reconocen por la sutil mancha de leche que lleva sobre su pecho. Sobre su pecho. La leche de mamá tiene un secreto que yo debo vigilar. Ese secreto le provoca a mamá un estado malo. Mamá queda con el estado malo cuando ve cómo el hambre inunda las calles"<sup>62</sup>.

<sup>60</sup> Ibid. p. 21.

<sup>61</sup> Ibid. p. 20

<sup>62</sup> Ibid. p 21.



## 2. Segundo parte de la novela

### Amanece

---

Este parte constituye el eje fundamental, central de la novela. Es la sección más extensa y se destaca de las otras dos por estar escrita en forma epistolar. *Amanece* presenta las cartas que la madre, Margarita, escribe al padre de su hijo. Pese a que se subentiende que el progenitor participa de la correspondencia, en este segmento de la novela sólo leemos las respuestas de la madre. Es a partir de ellas que accedemos a su interioridad y construimos tanto su identidad como la del padre.

Es así como podemos apreciar la relación que entre ambos existe, nos enteramos que el padre está ausente y lejano, pero que sin embargo vigila todos los actos de la madre, quien debe rendirle cuentas a través de cartas. La relación con el padre es tormentosa y dominante, él controla y supervisa todas las acciones de Margarita, desde la crianza que da a su hijo hasta su forma de vivir: “No veo por qué habría de hacerte una cuenta detallada de cómo pasamos el día. Pero, en fin, has de saber que nuestras horas transcurren burlando el frío que está alcanzando un cuerpo realmente monstruoso”<sup>63</sup>, “Ni siquiera abasteces las necesidades de tu hijo y aún osas inmiscuirte en la forma en que procuro nuestra subsistencia”<sup>64</sup>.

En este sentido, el padre actúa como un juez moral que evalúa y censura sus actos, imponiendo y ordenando su parecer, al igual que la categoría psíquica *Superyó*: “Ah, ya no sé quien eres pero, sin embargo, estoy cierta del lugar que ocupas. Como si fueras un legislador corrupto, un policía, un sacerdote absorto, un educador fanático”<sup>65</sup>. La madre se siente sometida y agobiada por los dictámenes del padre, quien ejerce en ella un total dominio: “Te mataré algún día por lo que me obligas a hacer y me impides realizar, tiranizándome en esta ciudad para dotar de sentido a tu vida, a costa de mi desmoronamiento, de mi silencio y de mi obediencia que a través de amenazas irreproducibles has obtenido”<sup>66</sup>. Además esta similitud se reafirma al representar, el padre, el poder de la ley que la subordina, como se analizará más adelante, pues manifiesta las mismas exigencias del *Superyó*, en tanto, la madre debe cumplir con los mandatos parentales para poder entrar en la circulación social.

Entramos, así, a la narración de la mente perturbada de la protagonista, en ella muestra todos sus sufrimientos y todos los conflictos de su subjetividad. Su sufrimiento surge con las demandas de fuera: del padre, de la ley de la ciudad, como se verá posteriormente, y del hijo. Éstas la destruyen y no puede responder ante ellas. Las cartas nos permiten percibir el asedio de la que es víctima, así como también cómo elabora estrategias de resistencia.

De esta manera, la madre está obligada a obedecer los dictámenes del padre y a satisfacer las necesidades de su hijo. Esto significa que debe reemplazar o controlar el principio de placer que rige en el niño (*Ello*) por el principio de realidad que está dado por el padre (*Superyó*). Así, observamos que la madre se identifica con la categoría del *Yo* en tanto lidia entre satisfacer las necesidades del *Ello* (hijo), el cual solo quiere satisfacer

<sup>63</sup> *Ibid.* p. 30.

<sup>64</sup> *Ibid.* p. 35.

<sup>65</sup> *Ibid.* 112.

<sup>66</sup> *Ibid.* p. 45

sus placeres pues es todo lo que está fuera de los dictámenes del ámbito social, y entre satisfacer las necesidades sociales, las cuales demanda el *Superyó* (padre), cumpliendo así, el mismo rol que éste en la estructura psíquica.

Por otro lado, la correspondencia al remitirse a ser un informe del comportamiento de Margarita, provoca en ella la sensación de ser constantemente vigilada. A esto se suma el asedio que siente por parte de sus vecinos, los que además actúan como informantes del padre: “y hasta llegas a afirmar que es mi propia conducta la que te inspira desconfianza, pues ya más de un vecino te ha descrito mis curiosos movimientos”. Luego se suma la suegra quien inspecciona los actos de la protagonista, como una emisaria y cómplice del padre: “Tu madre ha venido hoy a visitarnos como tu emisaria. (...) Tu madre se atrevió a entrar en nuestra casa buscando no sé qué clase de delito entre las habitaciones”<sup>67</sup>. Forma parte importante de esta sensación de persecución la ley que impera en la ciudad que es, precisamente, la que avalan el padre, los vecinos y la suegra, que Margarita no comparte y de la cual se siente marginada.

De acuerdo a lo anterior, existe una ley implacable que subyuga y gobierna la ciudad, como ya se dejaba entrever en la primera parte de la novela, un poder que rige el espacio físico y mental de quienes habitan el lugar. Es necesario precisar que nunca se expresa en qué consiste y que ésta sólo se manifiesta por su carácter represivo. Así, la novela se encarga de comunicarnos quienes la apoyan y la integran, informándonos que tanto occidente, los vecinos, como el padre y la suegra, son quienes la custodian y obedecen. Margarita no la respalda, y por esto, es vigilada, sintiendo el asedio y acoso de este contexto.

Así se establece una relación tensa entre la mujer y su entorno, ella siente que no puede satisfacer las demandas que quiere rechazar: la ley, no está dispuesta a identificarse con la ley del estado del padre, la madre no la comparte, la siente extraña; es una opresión, un poder que la asfixia. Así es como se refleja en el diálogo con el padre de su hijo: “Me Dices que me puse fuera de la ley y lo que no me dices, es que me pusiste al alcance de tu ley”<sup>68</sup>.

La vigilancia, entonces, responde a la necesidad de proteger la ley que rige la ciudad. Es así como los principales defensores de ésta, los vecinos, comienzan una acuciosa labor en busca de quienes se opongan: “Siento que los vecinos quieren representar una obra teatral en la cual el rol del enemigo es adjudicado a los habitantes que no se someten a la extrema rigidez de sus ordenanzas”<sup>69</sup>. Esto implica, por sobre todo, una extrema vigilancia, la cual va en ascenso a lo largo de la novela: “La vigilancia ahora se extiende y cerca la ciudad. Esta vigilancia que auspician los vecinos para implantar la leyes, que aseguran, pondrá freno a la decadencia que se advierte”<sup>70</sup>. Custodiar las leyes implica también custodiar Occidente: “Los vecinos proclaman que es indispensable custodiar el destino de Occidente”<sup>71</sup>.

Es interesante cómo la novela trata el concepto de Occidente. En varias oportunidades inferimos que Occidente es parte del bloque hegemónico, de la ley que se impone en la ciudad, como observábamos en la última cita. Occidente a lo largo de la historia se ha caracterizado como el tópico del progreso, de la civilización superior y razonable, Occidente

<sup>67</sup> *Ibíd.* p. 43

<sup>68</sup> *Ibíd.* p. 86.

<sup>69</sup> *Ibíd.* p. 41.

<sup>70</sup> *Ibíd.* p. 32.

<sup>71</sup> *Ibíd.* p. 65.

son los griegos, los romanos, la revolución industrial, en resumen, la cultura Europea fundante, pero por sobretodo es el capitalismo.

En efecto proponemos que el concepto de Occidente alude, principalmente, al neoliberalismo que impera, precisamente, en el contexto de postdictadura. En este sentido, también, corresponde a una hegemonía que se impone de manera insoslayable, violenta y agobiante, es un contexto asediante, como decíamos en el análisis extraliterario.

“Los vecinos se aterran por ellos mismos y a pesar de sus deseos, la ciudad se derrumba, se derrumba en la soledad de su destino. Se percibe claramente cómo se profundizan las fisuras, veo zonas que se están viniendo abajo y percibo también que es la arrogancia occidental trenzada con el miedo lo que mantiene esta especie de fachada”. Esta cita muestra que la ciudad está menoscabada por el neoliberalismo, respaldado por un Occidente arrogante que no reconoce sus falencias, y que lo impone terrorífica y tiránicamente.

Es importante precisar que la ciudad forma parte de lo que la protagonista llama Occidente secundario, con lo cual alude a la posición periférica que constituye Latinoamérica respecto al Occidente capitalista, que mencionábamos anteriormente. La situación marginal se aprecia también en su indiferencia y arrogancia, y además, en la zalamería con que imita sus modelos para lograr su aceptación, estableciendo nuevas leyes: “Nuevas leyes que buscan provocar la mirada amorosa del otro lado de Occidente. Pero el otro lado de Occidente es terriblemente indiferente a cualquier seducción y sólo parece ver a la ciudad como una gastada obra teatral”<sup>72</sup>.

Por otro lado, es necesario aclarar que en el inicio de este segundo capítulo se da a conocer que el hijo es expulsado del colegio, luego de este suceso comienza una serie de excusas, de explicaciones de parte de la protagonista por la crianza de su hijo, debe rendir cuentas al padre de su rol como madre, quien a raíz de este suceso desconfía de su capacidad para hacerse cargo del niño. Este es el motivo por el cual se inicia “esta estrecha y perturbadora correspondencia”<sup>73</sup>. Esta desconfianza lleva al inicio de un juicio por la tuición del hijo. Es en este momento en que se produce el clímax del asedio en la novela: “Entiendo desde el énfasis que despliega tu carta, que tú y tu madre no vean más salida para nuestras diferencias que el inicio de un juicio. Un juicio que me separe de tu hijo y que aleje de él, lo que denominas, como mi negativo ascendiente”<sup>74</sup>, el padre quiere alejar a su hijo de la mala influencia, de la rebeldía con que la madre vive y enfrenta la ley de la ciudad.

Finalmente, lo que gatilla el inicio del juicio es la acogida que les da Margarita a los mendigos de la ciudad, quienes también son marginados de su ley. Esto representa la culminación de la rebeldía e insurrección de la protagonista. Para el padre esto es incomprensible, y es el factor que más incide para denunciarla ante los vecinos, ella les da asilo, es insurrecta pero sobre todo marginal, en esto se iguala a los mendigos con lo que sobrepasa todo límite: “Pero aún así me has denunciado, entregado mi nombre a los vecinos. Afirmaste que tengo algo de desamparada y presagiaste que terminaré vagando por las calles interminablemente”<sup>75</sup>.

<sup>72</sup> Ibid. p 41.

<sup>73</sup> Ibid. p76

<sup>74</sup> Ibid. 51

<sup>75</sup> Ibid. p. 77

Todo esto lleva a una excesiva desconfianza respecto a la protagonista a quien la llegan a acusar de ser cabecilla de una irregularidad urbana, acusándola de ser parte de un complot en contra la armonía de occidente. Tras la acusación del padre los vecinos acuden a su casa: “Golpearon la aldaba de la puerta con extrema arrogancia, como si portaran entre sus manos un edicto real y luego se permitieron nombrarme como la cabecilla de una incierta irregularidad urbana”<sup>76</sup>, “Temían que yo tuviera una alianza con los desamparados, decían que un complot contra la armonía de Occidente se extendía por la ciudad y que todas sus casas estaban en la mira de una insurrección que aún no tenía una forma nítida.”<sup>77</sup>

Por último, la madre pierde la causa, pierde sus derechos y el padre obtiene el poder frente a su vida: “He perdido la causa. Me han informado del fin de mis derechos, de la cesación de toda garantía, del poder que ahora te ha sido conferido sobre el reducido espectro de mi vida”<sup>78</sup>. Las pruebas del juicio radicaron en las cartas escritas, lo cual reafirma el carácter de informe y de vigilancia por parte del padre, además de la absoluta intransigencia con que enfrenta la rebeldía de la madre con la ley.

Por otro lado, durante los dos primeros capítulos se menciona un juego muy particular del hijo, un juego aritmético con unas vasijas que ordenaba siempre de distinta manera, esta situación siempre llamó la atención de la madre quien trataba de descifrarlo. Su importancia radica en que la madre resuelve el enigma del juego como una resistencia y una victoria ante la ley que la asedia: “Jamás podrán derribar la simetría en la que conseguimos concentrar nuestras defensas. He resuelto, al fin, la encrucijada aritmética de la ley que todo el tiempo me planteaba el juego de la criatura. (...)La criatura y yo regresamos exhaustos pero satisfechos, hacia el orden del mundo que deslumbrantemente nos dimos.”<sup>79</sup>. Es así como la madre no concibe la derrota y ve en el juego una resistencia abstracta y mental fundada en la simetría que jamás podrán resolver quienes la asedian y condenan. De esta manera expresa su triunfo, que es en el fondo, una resistencia: “una sobrevivencia escrita, desesperada y estética”<sup>80</sup>.

*Amanece* termina con el deambular de la madre y su hijo, y con la respuesta de ella ante una brusca interpelación de un desconocido al anochecer: “Sí, esta criatura me pertenece. Sí, sí, mi nombre es Margarita, no sé ni cuantos años tengo”<sup>81</sup>. Lo interesante de esta aseveración es que es la primera vez que ella menciona su nombre, su identidad, y que reconoce a la criatura como de ella, pues jamás lo nombra como algo propio, como suya, sino que siempre la mencionaba como algo extraño, indeterminado, y jamás como su hijo. Podríamos aventurar, entonces, que es la primera vez que asume el inconsciente, lo informe, como algo propio y esto le permite también asumir su identidad.

De esta manera, rechaza la ley del padre, ante la censura implacable huye y así constituye una identidad trastocada, pues no asume el *Superyó* esta ley moral, cívica y social, la resiste. Logra asumir lo reprimido luego que rechaza este contexto asediante, que igualmente menoscabó su subjetividad.

<sup>76</sup> Ibíd. p. 77.

<sup>77</sup> Ibíd. p. 78.

<sup>78</sup> Ibíd. p. 115.

<sup>79</sup> Ibíd. p. 116.

<sup>80</sup> Ibíd. p. 115.

<sup>81</sup> Ibíd. p. 117.

Este deterioro es generado por el contexto de postdictadura, el neoliberalismo, el cual se expresa por medio de ésta misma afección. El contexto triunfa, es decir, se mantiene, pero no derrota a Margarita. Su victoria está en la resistencia mental de una escritura desesperada y estética, en el juego aritmético de la subversión.

### 3. Tercera parte de la novela

#### Brrrr

---

El título es una expresión onomatopéyica del frío, pues ambos personajes: la madre y la criatura, vagan clandestinos en la noche. Este capítulo es interesante porque el niño abandona su lenguaje ininteligible y comienza a narrar, ahora es la madre quien posee una expresión irracional: “Ahora mamá no habla. No habla. Mamá es la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad”<sup>82</sup>, el papel de ambos se intercambia.

De esta manera, es la criatura quien escribe y la madre es quien no desea que lo haga, riendo, perturbadoramente, para impedirlo: “Mi letra. Ahora yo escribo. Escribo con mamá agarrada de mi costado que babea sin tregua y BAAAM, BAAAM, se ríe. Se ríe. Mamá no quiere que yo escriba y se prende a mi pierna para desgarrar mis palabras.”<sup>83</sup>

Sin embargo, es necesario señalar que el posesionamiento de la escritura por parte del hijo es progresivo durante este capítulo de la novela: “Ahora yo estoy cerca de controlar esta historia, de dominarla con mi cabeza de TON TON TON To”<sup>84</sup>, y posteriormente: “Ahora yo domino esta historia. Llevo a mamá por mi propio camino”<sup>85</sup>. Hasta, finalmente, realizar el apoderamiento total: “La letra de mamá ahora es tan mía como ajena es la estrella inalcanzable”<sup>86</sup>.

Por otra parte, la protagonista tiene sentimientos encontrados con su letra por eso ya no escribe, pues al mismo tiempo que su escritura le permite resistir la opresión de la ley que la margina, ha sido la causa de su persecución, además el esfuerzo mental de mantener esta resistencia la ha extenuado: “Mamá tiene un intenso inescrupuloso resentimiento porque su antigua letra le extenuó el pensamiento. Lo sé por eso todo el tiempo su baba y BAAAM, BAAAM, la risa”<sup>87</sup>. Al mismo tiempo ya no escribe porque está prófuga, y quiere confundirse con la noche, pasar desapercibida, ocultarse: “Pero mamá ahora no escribe porque busca confundirse con la noche”<sup>88</sup>.

La escritura es un tema bastante interesante en la novela pues es descrita como el refugio y la resistencia ante un poder que los oprime y margina. Además, como ya mencionábamos, su letra, su escritura, es descrita contradictoriamente como oscura,

---

<sup>82</sup> *Ibíd.* p. 124

<sup>83</sup> *Ibíd.* p. 126.

<sup>84</sup> *Ibíd.* p. 122.

<sup>85</sup> *Ibíd.* p. 126.

<sup>86</sup> *Ibíd.* p. 125.

<sup>87</sup> *Ibíd.* 125.

<sup>88</sup> *Ibíd.* p. 121.

aludiendo al negro como símbolo de lo no permitido, de lo que se reprueba socialmente, y a la vez, como su refugio: “Pero mamá asegura que ahora sólo nos protege y nos salva la oscuridad de su letra”<sup>89</sup>, su escritura es su resistencia ante la opresión de la ley que los persigue, es lo que los protege de no ser destruidos por el contexto asediante. Sin embargo, es una letra que no puede concluir, que pareciera no tener final, y que le enferma: “A mamá le enferma su letra. La letra que no puede concluir”<sup>90</sup>

Por otro lado, ahora es la criatura quien custodia a la madre y a la escritura de la ley ciudadana que los asedia: “Mamá es la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad. Si yo no la sostengo, cierto ojo increíble que nos vigila la derribará para siempre. Para siempre”<sup>91</sup>, “Mamá y yo terminaremos por fundirnos. Por fundirnos. Gracias a mí, la letra oscura de mamá no ha fracasado por completo, sólo permanece enrarecida por la noche.”<sup>92</sup> Él debe llevarla lejos de la irritación, de la burla y la indiferencia que provoca en la gente que vigila las calles o que está de acuerdo con el poder opresor, quienes quisieran destruir y acallar a la madre.

En definitiva, tanto la escritura, como la madre y la criatura son marginados de la ley en la ciudad, son una resistencia perseguida por el poder que los oprime y vigila: “Nos vigilan esas peligrosas miradas desde el centro, y la letra de mamá necesita oscurecerse más, más para defendernos. Defendernos. Mamá ha concluido. Ahora mismo termina de caer. Debo tomar la letra de mamá y ponerla en el centro de mi pensamiento”<sup>93</sup>.

Sin embargo, también para el hijo la escritura de la madre es contradictoria, pues a pesar de defenderla, como mencionábamos anteriormente, sabe que es la causa de la persecución y el asedio que sufren, culpándola por la derrota de la madre: “Mi cabeza de TON TON TON To siempre adivinó que mamá iba a ser derrotada por la aridez de la página”<sup>94</sup>. Así mismo vemos como este fracaso los vuelve prófugos y despreciados: “Pero el fracaso de mamá nos volvió nocturnos, despreciados, encogidos. Ah, sí, prófugos, odiados, nocturnos y despreciados”<sup>95</sup>.

A pesar de lo anterior, el fracaso es a medias, pues la escritura oscura e imbricada es una defensa y una rebeldía. Es la sobrevivencia escrita, desesperada y estética, que mencionaba la madre al concluir el segundo capítulo. La escritura de la mujer representa la última instancia desde donde pueden resistir y protegerse del poder que los amenaza y los rechaza.

De esta manera, aunque esta situación lo tensione e irrite, el hijo debe custodiar la letra y llevar a su madre hacia las hogueras, lugar que los cobijará del frío y que les permitirá subsistir, es el refugio hacia el cual se dirigen: “La muerdo y la rasguño pues ahora yo debo conducir a mamá hacia las hogueras para no ser aniquilados por el frío”<sup>96</sup>. La presencia

---

<sup>89</sup> Ibid. p. 121.

<sup>90</sup> Ibid. 121-122.

<sup>91</sup> Ibid. p. 126.

<sup>92</sup> Ibid. p.123.

<sup>93</sup> Ibid. p. 124.

<sup>94</sup> Ibid. p. 123.

<sup>95</sup> Ibid. p. 122.

<sup>96</sup> Ibid. p. 124

del frío, al igual que el hambre, representa la hostilidad del ambiente, el neoliberalismo asediante, que ya habíamos mencionado en el análisis del primer capítulo.

Así es como ambos elementos encarnan el contexto adverso que atormenta a los personajes: “Y el hambre. Tenemos hambre pero nos persigue y nos castiga la noche. AAAAY, el hambre”<sup>97</sup>. Existe la urgencia, vital, de satisfacer imperiosamente estas necesidades, pero no pueden realizarlo porque el contexto hostil se los impide, es decir, el neoliberalismo simbolizado por la noche, no lo permite.

De la misma forma, en algunas oportunidades esta necesidad urgente los hace flaquear: “El hambre insaciable e incomprensible de mamá me cansa. Deseo que mamá sobrepase el odio y la indiferencia. El odio y la indiferencia a su letra”<sup>98</sup>. El hijo desea que la madre supere el odio y la indiferencia a su letra porque ésta era su alimento vital, su refugio y resistencia ante el contexto que los acosa: “El hambre de mamá no se sacia con los alimentos. A mamá solo la complacía su letra. Esa letra que ya no puede concluir”<sup>99</sup>.

El otro elemento que la novela menciona que puede saciar el hambre es la enigmática leche de la madre: “AAGGG, mamá vomita de frío sobre mi pierna. Sobre mi pierna. El vómito le provoca hambre. Hambre. Extraigo las últimas, las últimas, las últimas gotas de leche del pecho de mamá y pongo mi boca en su boca”<sup>100</sup>, “La obligo a tragar su leche”<sup>101</sup>. La leche representa un signo de demanda, en requerimiento de historia, la imperiosa necesidad del establecimiento de nuevos circuitos para una mejor alimentación política, esto es lo que satisface el hambre y escasea en este contexto, como ya habíamos mencionado en el primer capítulo.

El frío y el hambre se intensifican cada vez más en la madre y el hijo, de tal manera, que sus fuerzas llegan al límite cuando divisan las hogueras: “Estamos a punto de perder el último, último pensamiento. Allá entre la oscuridad de esta orilla, se divisan las hogueras. Las hogueras. Con gran trabajo mamá y yo nos arrastramos, enredando nuestras piernas y la baba y la BAAAM, BAAAM, risa que nos queda”<sup>102</sup>.

De esta manera, por fin, han llegado al refugio: “... nos acercamos al fulgor constelado para quedarnos en este último, último, último refugio”<sup>103</sup>. Las hogueras representan el amparo, la protección de la ley opresiva, el fuego representa el calor acogedor ante el frío arrasador que los devastaba. Han dejado atrás el contexto asediante, el neoliberalismo, para quedarse: “donde se refugian los hombres de fuego”<sup>104</sup>. Así, el calor se identifica con algo placentero, grato y agradable, las hogueras, entonces, constituyen un lugar confortable con gente cálida, que se refugia, al igual que ellos, del hielo inhóspito.

Es fundamental destacar que el *Ello* y el *Yo*, madre e hijo, quedan reconciliados y a salvo en este último trance. El apoderamiento de la escritura por parte del hijo, la protección que realiza de ésta y de su madre, provoca la unión de sus intenciones: “BAAM, BAAAM,

<sup>97</sup> Ibid. 122.

<sup>98</sup> Ibid. p.123.

<sup>99</sup> Ibid. p. 123.

<sup>100</sup> Ibid. p. 127.

<sup>101</sup> Ibid. p. 127.

<sup>102</sup> Ibid. p. 129.

<sup>103</sup> Ibid. p. 129.

<sup>104</sup> Ibid. p. 128.

nos reímos juntos. TUM TUM TUM TUM, el corazón de mamá y mi corazón mantienen ahora los mismos latidos”<sup>105</sup>. Esta situación implica una identificación y una armonía entre ambos personajes.

El *Ella*, lo inconsciente, lo indeterminado, que perturbaba al *Yo* logra expresarse cuando éste lo asume. Es esto, precisamente, lo que permite la reconciliación de ambos. Es el primer paso para reconstituir su identidad, pese a que su subjetividad fue deteriorada por el contexto, como ya se ha dicho anteriormente

Por otro lado, se debe destacar que el *Superyó* al ser casi una construcción social, en este último capítulo no se menciona explícitamente como el padre, a diferencia de los dos primeros capítulos. Con esto queda, estrictamente, de manifiesto que no es el padre precisamente quien habla, habla la sociedad o la situación vital de los sujetos dada por el contexto. Es esto lo que se manifiesta a través del frío y del hambre, lo que se rechaza y a lo que se resisten, refugiándose en la escritura y en la estética desesperada.

De esta manera, el *Superyó* expresa las leyes y dictámenes que exige el neoliberalismo, así mismo, la escritura mencionada en la novela al estar posicionada como crítica y disidente frente a este poder central, es marginalizada de lo público siendo excluida del discurso dominante.

Por último, así se explica que la constitución de ésta nueva identidad rechace al *Superyó* que hasta ese minuto la dominaba y huya hacia la marginalidad que la refugia de este poder. Asumir a la criatura, a lo informe que la perturbaba, implica conciliar su personalidad y, además, asumir su escritura como amparo, resistencia y subversión ante este contexto asediante y perturbador.

---

<sup>105</sup> *Ibid.* p. 129.



---

# Conclusiones

Durante todo el análisis de la novela se ha dejado manifiesto que el frío y el hambre son alegorías que responden a la necesidad imperiosa de saciar estas necesidades, representando el contexto adverso en el cual están insertos los protagonistas y también el estado ansioso y angustioso que éste les genera. La ley, representada por el padre, es también símbolo de este entorno asediante. Estos elementos han logrado expresar cómo esta molestia los afecta, de tal forma, que compromete su vitalidad y diario vivir.

Hemos demostrado, también, que el contexto representado en la novela corresponde al neoliberalismo postdictatorial, basándonos fundamentalmente, en la referencia expresa que la protagonista hace de Occidente, como un aliado de la ley, del padre, y del contexto asediante. Como bien decíamos en el análisis, Occidente representa la razón y la civilización, pero por sobre todo, el capitalismo que impera indolentemente en el Occidente secundario, Latinoamérica, y que subyuga a la economía postdictatorial, específicamente, en Chile.

De esta manera, nos encontramos con la descripción de un contexto que violenta terroríficamente a los personajes en la novela, lo que incide en la representación de un estado mental problematizado, que constituye el deterioro de la subjetividad. El habla perturbada de los personajes nos permite observar hasta qué punto el contexto incide en su estado deplorable y ansioso.

Es así como, gracias a la identificación de las categorías que estructuran la psiquis planteada por Freud con los personajes, podemos constatar este deterioro y observar, además, el habla fragmentaria de esta mente perturbada, la cual se aprecia, precisamente, en esta división tensionante e insana.

Por otro lado, podemos considerar también que la criatura, lo indeterminado que la perturbaba durante la novela representaba el trauma generado por una experiencia límite (la dictadura) y la dificultad del habla, la pérdida del discurso para nombrarlo, lo cual respondía al contexto asediante que no permitía su expresión y que lo amordazaba.

Así, la dificultad del habla es también la expresión violenta del contexto que no permite vivenciar la experiencia traumática del pasado, ni el duelo ante una sociedad golpeada por la dictadura.

Esta dificultad se expresa, precisamente, en el lenguaje, que es uno de los rasgos fundamentales que permitió asociarlo al *Ello*. El habla carente de lógica, o poseedora de un exclusivo raciocinio, desordenada y enrevesada, tal como el lenguaje del sueño o el inconsciente, no permite una comunicación fácil e inequívoca, sino al contrario; el hijo se frustra en el intento de ser, debidamente, atendido por el *Yo*, y en este sentido ocupa un lenguaje corporal y desesperado.

Como pudimos verificar Margarita se asemeja al *Yo*, en tanto, debe solventar tanto las necesidades de su hijo (*Ello*), regido por el principio del placer, como las exigencias del padre (*Superyó*), regido por el principio de realidad y representante de la ley y del contexto que oprime a la madre y al hijo.

Así, pudimos observar cómo la protagonista se ve sobrepasada por las demandas de ambos personajes, lo cual le provocaba una tensión angustiante, y da cuenta de un sujeto dividido y menoscabado.

Finalmente, y en este sentido, la aceptación del hijo, del *E/lo* le permite conciliar su identidad y asumir o esclarecer su resistencia, su sobrevivencia en la escritura, en la estética desesperada, la cual la ampara y le da fuerzas para rechazar el contexto asfixiante, la ley, y al padre.

En este sentido, es necesario señalar que aunque la madre no es derrotada tampoco vence, ella se refugia en los márgenes que le permiten salvaguardar su identidad y su rechazo a un sistema que no la representa. Sin embargo, debido su subversión, ella sigue siendo un peligro, y está condenada a una clandestinidad que tampoco le permite ser libre.

En conclusión, la subjetividad sí está deteriorada pues ésta exclusión no permite su completa expresión ya que esta determinada por la clandestinidad en la que se encuentra inmersa.

---

# Bibliografía

- Adorno, TH. W. y Horkheimer, M. *Concepto de iluminismo. Odiseo o mito e iluminismo*. En: Dialéctica del Iluminismo. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.
- Bleichmar, Silvia. Paradojas de la sexualidad masculina. Buenos Aires, Editorial Paidós Buenos Aires, 2006.
- Avelar, Idelber. Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.
- Connor, Steven. Cultura posmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad. Madrid, Ediciones Akal, 1996.
- Eltit, Diamela. Los Vigilantes. Santiago, Chile, Sudamericana.
- Eltit, Diamela. Emergencias, Escritos sobre Literatura, Arte y Política. 1ª. ed., Chile, Editorial Planeta Chilena S.A. Junio 2002.
- Freud, Sigmund. Obras Completas, Sigmund Freud. 1ª y 2ª. ed. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001-2003.
- Jameson, Frederic. El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado. Barcelona, Editorial Paidós, 1991.
- Jaspers, Karl. La filosofía: desde el punto de vista de la existencia. 2da Edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Le Galliot, Jean. Psicoanálisis y lenguajes literarios. Buenos Aires, Hachette, 1977
- Moulian, Tomás. Chile actual anatomía de un mito. 3a. ed., Santiago, Chile, LOM, 2002.
- Levinson, Brett. *Pos-transición y poética: el futuro de Chile actual* en Pensar en/La Postdictadura, Nelly Richard y Alberto Moreiras/editores. Editorial Cuarto Propio. Santiago, diciembre 2001.
- Pérez, Carlos. "Crisis de la Familia y Subjetividad pública en Chile Hoy" en "Políticas, Sujetos y Resistencias debates y críticas en psicología social". Santiago, Chile, Ed. Arcis. 2002.
- Richard, Nelly. Residuos y metáforas. 2a. ed, Santiago, Chile, Cuarto propio, 2001.